

## Costumbres relacionadas con la muerte. Etxalar, Ezkio y Urretxu (barrio de Santa Bárbara)

---

Por varias razones que no hace al caso analizar, la conducta que observamos en nuestros días al acaecer una muerte ha sufrido cambios, radicales en ocasiones, a nivel de familia en luto, vecindad y comunidad correspondiente.

Factores de heterogénea naturaleza, psíquicos o simplemente de influencia ambiental externa, o ambos casos a un tiempo, han facilitado la transformación de la mentalidad del hombre, cuyo reflejo no escapa al comportamiento humano seguido ante la presencia de un hecho tan inevitable y trascendente como es el de la muerte, que si en una villa o ciudad de crecido censo pasa inadvertido a lo más, en la pequeña colectividad se vive y siente en profundidad, dentro de la alteración apuntada que hace interesante el estudio de sus costumbres, para dejar constancia de ellas.

### ETXALAR

La persona que ayudaba a la familia en luto se responsabilizaba de avisar a los comprendidos, por añosa costumbre, en el barrio o *auzoa*<sup>1</sup> y a los familiares o *parientiak*.

Encordaba la denominada *agoniko ezkill*, que no anunciaba la agonía del enfermo sino que pregonaba el reciente fallecimiento, y que si se trataba de un varón, el tañido último solía ser más fuerte que los restantes. A la muerte de un párvulo doblaba el *aur-ezkill*, de manera más bien suave y rápida.

---

1. La voz *auzo* es de significado equívoco y cambiante, que recomienda, con frecuencia, un estudio *in situ*.

Más tarde, a las dos o tres horas, se escuchaban las *il-ezkillak*, que consistían en tres tañidos que después de su correspondiente y breve silencio o calderón se repetían de igual forma otras dos veces. Nueve campanadas completaban, pues, las citadas *il-ezkillak*, indistintamente si el muerto fuese un hombre, una mujer o un niño.

A pasar la noche en vela o *gaba-illa* acudían ordinariamente las mujeres del barrio, quienes en prueba de solidaridad acompañaban a los familiares o *familikoak* del muerto, y todos rezaban varios rosarios. En los caseríos o *baserritan* les ofrecían la cena o *afaria* a eso de las doce de la noche. Más tarde no les faltaba el café y el anís o *aguardinta*.

Los que llevaban el ataúd, llamados *kaja erabilliak*, *difuntu erauntalliak* o *difuntu erauntelliak*, seguían indefectiblemente el camino que en Etxalar recibía el nombre de *difuntun bidea*, y en él no se permitía poner tranqueras o *atakak* ni levantar a su vera cercados, paredes, etc. Era un camino abierto y libre por costumbre/ley respetada hasta años atrás, que es cuando la carretera y el automóvil lo ha arrumbado, olvidándose con ello al cumplimiento de las disposiciones consuetudinarias.

Al día siguiente o *biramonian* del fallecimiento tenía lugar la misa de entierro o *entierroko meza*.

En la *entierroko meza*, y lo mismo en la misa mayor de todos los domingos del año, cada familia ofrendaba un bollo o un trozo de pan y dinero. Anotaré que cinco pesetas era mucho dinero en una ofrenda de hace cincuenta años. Con el mejor humor –y el humor debe ser bondadoso– se solía comentar que con el pan de la ofrenda se alimentaban las gallinas del cura; pero en realidad gran parte de este ofrecimiento en especie iba a parar a los necesitados del pueblo.

A continuación del *entierroko meza*, la bendición del sacerdote despedía al cadáver en el cementerio.

Al domingo que seguía a la misa de entierro se celebraba, en horario no siempre fijo, la *barkazioko meza* o *misa del perdón*. Después de esta *barkazioko meza*, en el mismo día, dos muchachas de la familia del difunto o de su barrio entregaban una vela o *zirioa* pequeña a cada familia de la comunidad.

En la casa de la calle adonde bajaban o llegaban del caserío y se cambiaban de calzado –costumbre común a muchos pueblos y que apenas sale de lo cotidiano–, las aludidas jóvenes preguntaban: *¿Zenbat aldatzen dire emen?*, ¿Cuántos se mudan aquí? En esta ocasión cada caserío estaba representado por una mujer, o sea, el número de velas que dejaban equivalía al de los caseríos. Caserío/mujer/vela.

A los dos o tres días del *barkazioko meza* tenía lugar la misa funeral, en el transcurso de la cual se llevaba a cabo la ofrenda de pan y de las velas o *zirioak*. Estas velas o *zirioak* quedaban para la Iglesia, y varias de ellas el sacerdote las cedía graciosamente a las casas que carecían de luz eléctrica.

## EZKIO

Si el Viático o *Elizakoak* era para un hombre tañían o *jo* cinco campanadas con la campana grande –*bost kanpai, kanpai aundikin*– y cuatro si era para una mujer o *emakumezkoarentzako*.

Al morir una persona se avisaba al sacerdote, y de dar la triste nueva se encargaba una de otra vivienda del mismo caserío –*etxekonekoa*– o de otro de la vecindad más próxima –*auxorik gertuenekoa*– de la familia en luto. Este cometido de participar una muerte corría por lo general a cargo de una mujer.

Al fallecimiento de un hombre se encordaba la denominada *il-kanpaia* que tañía cinco campanadas, y cuatro a la muerte de una mujer.

El campanero tocaba en el *il-kanpaia* tres campanas al mismo tiempo; dos de ellas valiéndose de su respectiva cuerda y la otra, la mayor, con el pie, sirviéndose de un alambre.

El *il-kanpaia* de un párvulo recibía el nombre de *aingeru-kanpaia*, y se reducía a un repique con la campana pequeña. El *il-kanpaia* y el *aingeru-kanpaia* se tocaban también en la última parte del recorrido de la conducción del cadáver camino a la iglesia.

Al morir una persona adulta, al anochecer o *illuntzen* se rezaba el rosario de cinco o de quince misterios, en el domicilio mortuario.

En la noche en vela al cadáver o *gau-belan* se hallaba presente su familia y acudían asimismo los vecinos más cercanos o *auzokoak* y los *etxekonekoak*, los miembros de la familia o las familias que viven bajo el mismo tejado<sup>2</sup>.

En el transcurso de la *gau-bela* rezaban uno o más Padrenuestros y la familia en luto ofrecía café y *aguardientea* o anís a todos los que le demostraban solidaridad en el dolor. El *gau-bela* no se llevaba a cabo a la muerte de un niño o niña.

Una mujer comprendida entre las del *auzo* vestía el cadáver, sin que por ello recibiese nombre alguno relacionado con la labor.

En busca del cadáver o *gorputza billa* al caserío iban el monaguillo o *akolitoa* con la cruz o *gurutzeakin* y el cura, por este orden.

Los del *auzo* se encargaban por lo general de llevar el cadáver a la iglesia y al cementerio, y ellos recibían el nombre de *jasotzaillek*.

---

2. Los denominados, entre otros nombres, *etxekonekoak*, en algunos caseríos de diferentes pueblos son considerados como *auzokoak*.

Al camino que seguía la comitiva fúnebre se llamaba *gurutze-bidea*, y repetiremos que le acompañaba el tañido igual al *il-kanpaina* y al *aingeru-kanpaina*, cuando se acercaban a la iglesia.

Por disposición sancionaba por la costumbre, este camino se veía libre, sin obstáculos, no se permitía el cierre con tranqueras o *langak*.

En la bifurcación de caminos o *bidegurutzetan* los *jasotzaillek* dejaban el ataúd en el suelo y el sacerdote rezaba un Padrenuestro o Paternoster.

En el funeral o *entierroko meza* las mujeres depositaban en la cesta dispuesta para ello una o más monedas. Era el responso o *erresponsoa*. La cesta la colocaban entre dos velas y encima de un lienzo negro o *trapu-beltz bat* que cubría la *sepultura* de la casa en luto.

Cada familia acudía con la respectiva *argizaiola* –en este caso tabla con cerilla arrollada–, que la retiraba una vez concluída la *entierroko meza*.

En el cementerio, el sacerdote echaba un poco de tierra sobre el ataúd y otro tanto hacían varios de los presentes.

A la mañana siguiente del entierro daba comienzo el novenario o *bederatzi-urrena*, con la celebración de una misa diaria.

Al novenario o *bederatziurrena* seguía la función de honras u *ondratak mezea*, a la que asistía, principalmente, una representación de cada familia que al acaecer una muerte contribuía con el importe de una misa, respondiendo a conducta de carácter de reciprocidad, y a la que se conocía por el nombre de *meza zuena*.

En la misa mayor de los domingos eran pocas las familias que no ofrendaban un panecillo u *olata* circular, que lo retiraban a un saco blanco. Los dos monaguillos o *akolitoak* recogían la correspondiente *olata* y el resto quedaba para la iglesia.

#### Anécdota

Ezkioko baserri batetik igeltseroak bost kanpai entzun ondorez onela esan omen zuan bere benetako naia agertuaz: *Itxason (auzo/erría) bost kanpai jo dizkitek. Elizakoak eraman dizkie.*

Ordun etxeko gizonak bere andreari onela esan omen zion: *Orrek nai du esan bostak jo duela eta trañoa ekartzeko.*

## URRETXU (BARRIO DE SANTA BÁRBARA)

*Onek badik, onek badit, oni kantatu gogotik. Onek ez tik, onek ez tik, au kendu azkar bistatik* (Este tiene, este tiene –dinero–, cantémosle con ganas. Este no tiene, éste no tiene –dinero–, perdámoslo pronto de vista). (Escuchado en el caserío *Mendizabal* de Urretxu).

El aviso para el Viático corría a cargo de un miembro de la familia del enfermo o de algún vecino de éste.

El sacerdote que administraba el Sacramento iba precedido, en primer lugar, por un deudo del enfermo, quien portaba un farol, y por el sacristán que tañía la campanilla de manera cada vez más rápida, según se acercaba a su destino.

Delante de la casa o *etxe atarin* del enfermo les aguardaban los familiares de éste y algunos hombres y mujeres de las casa más próximas o *gertukoenak*, todos con el respectivo trozo de cera o *argizaia* o una vela o *kandela*. Las mujeres con la mantilla correspondiente y los hombres destocados se arrodillaban al llegar el Viático.

El sacristán y el sacerdote entraban en la habitación del enfermo, y en el umbral del aposento quedaba de rodillas el acompañante, quien de esta manera terminaba el cometido.

Del comunicar una muerte se responsabilizaba un hombre o una mujer, indistintamente, del barrio o *auzoa*, y a esta participación de la triste nueva seguía el doblar de la campana denominada *il-kanpaia*. En el barrio de Santa Bárbara este cometido lo llevaba a cabo uno de la familia del caserío *Mendizabal*.

Si fallece una mujer se encordan dos campanas, y tres si muere un hombre. Después de una pausa pequeña o *ixilalditxo bat* se vuelve a escuchar el mismo tañido seis o siete veces, lo mismo en la parroquia de Urretxu como en la ermita de Santa Bárbara, en cuyo barrio tomo estas notas.

Al anochecer, el sacerdote reza un rosario en la casa mortuoria, rosario que repiten una o más veces los que pasan la noche en vela al cadáver o *gau-belan*. En la *gau-bela* figuran una representación de la familia del difunto y otra del barrio, y el café con el anís y el coñac alivian el paso de las horas.

Hasta hace unos años, cuando el caserío carecía de carretera, para la conducción del cadáver a la iglesia un sacerdote acudía a la casa mortuoria acompañado del monaguillo o *akolitoa* con su pequeña cruz.

El cadáver lo llevaban, por lo general, sus sobrinos o *illobak*, o en su defecto cuatro jóvenes del barrio, y quienes cumplían con esta labor recibían el nombre de *illoezalek*. El camino que seguían los *illoezalek* se llamaba *gurutze-bidea* y rendía en una casa de la entrada del pueblo o *erriko sarreran*.

Aquí, sobre una mesa con dos velas dejaban el ataúd y les recibía otro cura con su *akolitoa*, quien portaba una cruz mayor que el otro y ya citado monaguillo. A esta casa se acercaban los cofrades con los estandartes de las asociaciones religiosas a las que perteneció el difunto.

El cadáver, que últimamente lo introducen en el templo –el funeral es de cuerpo presente–, lo dejaban en el pórtico de la iglesia o *eliz-atarin*, encima de una mesa de madera.

Concluida la misa de entierro o *entierroko meza* la conducción del cadáver proseguía hasta el cementerio o *kanposantua*, acompañado por el cura, y los familiares y los del barrio del difunto, a quien despedían echando un poco de tierra sobre el ataúd.

Al día siguiente del entierro daba comienzo el novenario o *bederatziru-rena*, que consistía en una misa diaria por la mañana.

Durante la misa mayor de los domingos del año que seguía a una muerte, la familia en luto ofrendaba un bollo pequeño u *olatia*, y sobre la sepultura y encima de un lienzo negro con una cruz de tela encendían la cerilla enrollada en la tabla o *argizaiola*.

En los entierros de primera clase la mentada cruz solía ser blanca; en los de segunda tenía color rojo y en los de tercera era amarilla. La diferencia aludida estaba en el grado de mayor o menor solemnidad en el canto y en el número de *misas de a tiempo* o *atienpoko mezak*.

La familia del extinto correspondía a los *illoezalek* con un desayuno/almuerzo o *amarretako*, que consistía ordinariamente en una chuleta con pan y vino.

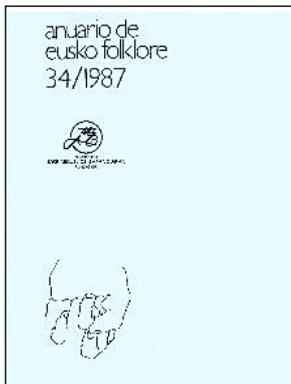
Se denominaba *mezazalek* a los que en la casa mortuoria dejaban dinero para la misa. Los *mezazalek* eran por lo general los parientes y los del barrio del difunto, y esta costumbre se respetaba dentro de un espíritu de reciprocidad<sup>3</sup>.

En Ezkio: Nicolasa Baztarrica Irizar, 60 años, y Angel Idiaquez Zabalo, 60 años. Casa «Concejo». El 5 de octubre de 1970.

En Urretxu (barrio de Santa Bárbara): Eusebia Ayastuy Zabaleta, 73 años. Caserío «Mendizabal». El 20 de julio de 1986.

---

3. En Etxalar: Tomasa Aguirre Lairez, 75 años. Casa «Topaldea». El 28 de junio de 1984.



Costumbres relacionadas con la muerte : Etxalar, Ezkio y Urretxu (barrio de San Bárbara) / Juan Garmendia Larrañaga. - En : *Anuario de Eusko Folklore* / Fundación José Miguel de Barandiarán. - Donostia : Eusko Ikaskuntza. - N° 34 (1987), p. 125-128. - OC. T. 6, p. 217-222